

se abrieran negociaciones en Orizaba. Mientras se hacía algún convenio de acuerdo con esa estipulación, las tropas ocuparían Córdoba, Orizaba y Tehuacán, y en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas volverían á la línea anterior, á las fortificaciones del Chiquihuite, quedando sus hospitales bajo la salvaguardia de la nación mejicana. Al emprender su marcha de avance las fuerzas aliadas, el pabellón mejicano se enarbolaría en Veracruz y en Ulúa. Prim y Doblado se despidieron, estrechándose la mano como amigos. Valían mucho los dos para no serlo. Formaban parte de una de esas castas superiores cuyos miembros se entienden á la primera palabra que cambian, y muchas veces, aun antes de hablarse. Y ellos eran no sólo de la misma casta, sino de la misma curiosa variedad, propia de las épocas de transición, que combina la fuerza y la astucia, el látigo y la fascinación.

☛ Prim explicó el convenio á sus colegas. ¿Por qué Dubois de Saligny no presentó objeciones, ni cuando ya estaba concluido, ni antes, cuando se discutieron los términos de la conferencia? Hay un hecho que no puede negarse: Dubois de Saligny fué el primero en tomar la palabra, y nada dijo contra los preliminares. Habló sólo de la ley del 25 de enero, proponiendo su derogación, sin resultado, pues los otros comisarios no encontraron pertinente la observación del diplomático.

☛ Saligny callaba, porque eran innegables las razones de conveniencia para abrir tratados. Las fuerzas no podían marchar, aun considerándolas suficientes, por la carencia de transportes. Precisaba la buena voluntad del país para desprenderse del puerto. Militarmente, Saligny no podía discutir tales cuestiones con Prim y con Jurien de la Gravière. Tampoco podía afirmar que Márquez, Cobos, Zuloaga y Miranda representasen algún elemento simplemente estimable. No ya por la escasa importancia de las fuerzas que militaban en los montes, con ACTITUD DE PROSCRITOS, sino por la insignificancia mental del grupo reactor, sin un ideal de su siglo, sin un hombre de prestigio en su seno, sin «la energía y decisión que á veces dan el triunfo á las minorías». Saligny se enconchaba dentro de su sorda obstinación y aguardaba la hora de hablar, que llegaría cuando el emperador dijera: ¿No hay hombres? Ahí van treinta mil. ¿No hay transportes? Tomad los que necesitéis y pagadlos al precio que se pida. ¿No hay un grupo suficientemente vigoroso de mejicanos que os lleve á la capital? Pues abrid paso y decid que no vais á apoyaros en un partido, sino á formar uno más fuerte que todos los actuales; y que, pulverizando el de los puros con el mágico nombre de Francia, podréis hacer cuanto os pido, que es la creación de una Argelia americana, la elevación de un dique suficiente para detener la expansión sajona en el Nuevo Mundo, la traslación del centro de gravitación universal, del Ponto Euxino al Golfo de Méjico, la página más brillante de mi reinado. En los vacíos APOSENTOS de aquel cerebro, se iba desvaneciendo el espectro de Venecia y comenzaba á surgir la visión gigantesca evocada en el fuerte de Ham. ¿Saligny sabía ó adivinaba? ¿O no sabía ni adivinaba? En todo caso, aguardaba el buen suceso de sus planes, é hizo bien. No aguardó mucho.

\*\*\*

¶ Las conferencias de Orizaba no podían comenzar antes de que los comisarios recibiesen instrucciones sobre las reclamaciones francesas, respecto de las cuales no podían solidarizarse por falta de conformidad. Era tanto más de extrañar que no se hubiese logrado ésta, cuanto que Prim venía dispuesto á hacerse de la vista gorda, apechugando con cuanta exigencia verosímil se presentase al Gobierno mejicano, para sacar avante su tratado Mon-Almonte. Pero las demandas del colega francés eran la sublimidad de la impudicia, y no daban el mejor material para dorar la píldora española. Inglaterra estaba menos interesada, ó por mejor decir, no lo estaba, en que se pusiesen sus armas al servicio de una fullería. Los comisarios ingleses se anticiparon á las intenciones leales de su Gobierno. Wyke y Dunlop creían que de aceptar las reclamaciones francesas, el Gobierno inglés los desautorizaría, por más que creían imposible que tales exigencias no se modificaran al tener noticia de ellas el emperador. En esto último se engañaban. Las instrucciones de Dubois de Saligny, aunque secretas, eran terminantes, y como una prueba de que se le habían dado las más amplias facultades, tenemos el ofrecimiento que hizo á sus colegas de retirar la reclamación por el crédito de Jecker bajo la condición de que apoyasen la de los doce millones. Bien visto, más se ganaba con esto que con el negocio del suizo. Pero Wyke encontraba todavía más improcedente este conjunto de reclamaciones, «fabricadas como buenas especulaciones para obtener dinero en compensación de algún agravio imaginario, tal como una prisión de tres días procurada intencionalmente para entablar una demanda exorbitante.»

¶ El Gobierno inglés, descontento de este primer obstáculo para sus miras, pidió explicaciones al del emperador. M. Thouvenel de seguro no podría aprobar una demanda de 12.000.000 formada por una conjetura aventurada y otra para el pago de 15.000.000 como compensación de un entero efectivo de 750.000. M. Thouvenel las apoyaba. Sí, eran justas ambas. Bien pudiera suceder que la de doce millones quedase reducida por el examen de una comisión francesa, y entonces el Gobierno imperial bajaría sus exigencias. Por lo que hacía á Jecker, no era cuestión sólo de setecientos cincuenta mil pesos, sino de cuantiosas operaciones hechas con sus bonos. Así, mientras en Veracruz Saligny ofrecía retirar la reclamación de Jecker si se le sacaba limpia la de los doce millones, en París M. Thouvenel sostenía el negocio Jecker y encontraba exagerada la suma de doce millones de la reclamación global. Inglaterra aceptaba la regla de que un aliado no fuese juez del otro; pero esto debía entenderse siempre que las demandas se contuviesen dentro de límites racionales. Por allí parecía establecerse el acuerdo entre ambos Gobiernos, aunque, á decir verdad, Inglaterra no entendía cómo, habiendo fines ocultos, pudiese haber solidaridad de esfuerzos. «Dije á M. Flahaut, escribía el conde de Russell, que en lo que no podíamos convenir, y esto urgía que se tuviese presente, era en presentar reclamaciones sólo con el objeto de suscitar querellas.» Tal parecía ser más evidentemente cada día la intención del emperador, cuando M. Thouvenel se declaraba ignorante de los intereses legítimos amparados por las reclamaciones de M. Saligny, «en cuya probidad tenía entera confianza.»

¶ No aguardó mucho Saligny, hemos dicho arriba. No se le habían dado tan amplias facultades, aun para buscar querella, sin un fin determinado exactamente. Pudo haber vacilado un momento ante la inevitable persuasión operada por los hechos en el ánimo del vicealmirante. Pero él, adivinando ó sabiendo lo que Jurien de la Gravière no podía adivinar ni saber, dejando sin respuesta las objeciones de su colega francés y de los comisarios de las otras potencias, reservaba para mejor oportunidad el supremo argumento : Francia podía avanzar y llegar á Méjico, si de veras lo quería; en sus manos estaba derribar á Juárez, si ponía en la obra el número de soldados que demandase el problema militar. Éste se resolvería por el ministro de Guerra y por el jefe de la expedición, que ya venía, que estaba allí, que llegó en los primeros días de marzo.

¶ El general conde de Lorencez, que traía los refuerzos, era un insignificante como se necesitaba para esta SEGUNDA CUESTIÓN ROMANA, según la frase de los opositoristas franceses. Allá parecía que un divisionario era mucho como simple guardia de corps del pontífice, y el ministro de Negocios Exteriores dudaba de que la PLUMA BLANCA no volase los cascos del jefe del cuerpo de ocupación. Aquí se creyó lo mismo, y á reserva de darle el grado inmediato cuando estuviese en el lugar de sus proezas, se buscó al jefe de la expedición invasora en el grupo de las nulidades bien caracterizadas. Ésta fué una falta de difícil reparación. ¿Se cometi6 por el propósito de ocultar la importancia de los planes militares que tenía el emperador? Éste habla ido de engaño en engaño. Primero puso á España como figura preponderante para que Inglaterra no hiciese reparos á la expedición. Firmada la convención de Londres, se hizo decir á Jurien de la Gravière que él no se sometería á un general español, y se acordó que las relaciones de los tres jefes se sujetasen á las reglas observadas en Crimea. A la vez, el contingente de Francia iba en aumento. Primero, se le pedía á España que sus fuerzas constasen del número más alto que se pudiera. Después, á medida que el tiempo pasaba, el emperador iba subiendo la cifra, para poner sus tropas en condiciones de no verse comprometidas, dada la precipitación de España, la necesidad de ir á la capital de Méjico y la oposición que se temía. El desembarco de Lorencez fué el final de estas tergiversaciones. Desde entonces, los comisarios franceses dejaron de aparentar que España ocupaba el primer lugar, y se declaró que la expedición era francesa. En esta nueva fase, Jurien de la Gravière dejó la precedencia á Dubois de Saligny, que interpretaba el pensamiento íntimo del emperador. El pobre vicealmirante hizo la figura triste de un muñeco manejado por el vicioso Saligny, cuya imperiosa voz le impuso nuevas actitudes y un lenguaje contrario á sus convicciones, registradas en el protocolo de las conferencias. Quien se habitúa al comercio histórico de los llamados grandes hombres, no extraña estas lamentables caídas, pues, de cada diez de ellos, nueve son únicamente niños grandes.

¶ La sustitución del vicealmirante en lo militar por Lorencez, que se ponía al frente de los siete mil hombres de la expedición, y en lo diplomático por Saligny, que tomaba la representación del pensamiento secreto, era el principio del fin de la alianza. Todo el aumento del contingente francés y el aumento de la

desvergüenza de los plenipotenciarios imperiales, habían ido entibiando á Inglaterra, que, en vez de aumentar, disminuía sus fuerzas, reduciendo, primero, el número de buques; después, ordenando que los soldados de infantería de marina no tomaran parte en la invasión, y, por último, disponiendo que se retiraran, lo que anticipadamente habían dispuesto los comisarios, enviándoles á las Bermudas. Con esto, desde el principio de marzo, España se vió más comprometida. Los que han visto al general Prim recibiendo cien mil pesos como soborno del Gobierno mejicano para retirarse, no se hacen cargo de que la situación del comisario español tenía por única solución la retirada. La clarividencia del conde le presentaba en toda su ridiculez la cándida megalomanía de España, manejada diestramente por el emperador para adormecer los temores de Inglaterra y obtener el permiso de poner un pie en América. Desde ese momento, Prim sólo pensó en trocar el papel de burlado por el de burlador, y á fe que lo hizo con maestría, explotando los fraudes de Saligny, la impericia militar de Lorencez, que se aventuraba con seis mil hombres en país enemigo, y la felonía de Napoleón, por el envío de Almonte como agente francés para disolver la situación política del país.

☪ Almonte había llegado á Veracruz, por el paquete inglés de fines de febrero, con instrucciones del emperador. Su presencia en Méjico era tan importante á los ojos de Napoleón, que la salida de Lorencez con los refuerzos que traía hubo de retardarse para esperar el viaje de Almonte. Éste venía directamente á la capital del futuro y ya próximo imperio, pues se calculaba que á mediados de febrero estarían acuarteladas en esa ciudad las fuerzas de desembarco. Había que apresurarse, y Almonte no empleó sino el tiempo necesario para recabar instrucciones del nuevo emperador sobre la fundación que iba á iniciarse.

☪ Maximiliano tuvo sus primeros consejos en el AVELPADO NIDO que por aquellos días dió albergue á muchas aves fugitivas. Gutiérrez de Estrada estuvo allí á mediados de enero y se marchó á París llevando comisión secreta para Napoleón.

☪ Llamado Labastida, acudió á Miramar, y pocas horas después se presentó Almonte, pues el emperador de los franceses juzgaba oportuno que «empezara por ir á presentar sus respetos y pedir órdenes á su alteza imperial.» Gutiérrez de Estrada, de quien proceden estas noticias confidenciales, no cabía en sí de gozo, por haber tenido una entrevista de hora y media con el emperador, el cual se manifestaba DECIDIDO Á TODO. Y no era mucho que lo estuviera: ¿no se encontraban sus fuerzas en las cercanías de Méjico? Labastida estaba listo para tomar el próximo paquete. Sólo se necesitaba ya que el emperador no escatimase ningún esfuerzo, porque «falta de vida nuestra sociedad, era indispensable que la Europa, esto es, él mismo, lo hiciese casi todo, no dejándonos á nosotros que hacer sino lo menos posible, bajo el concepto que necesitábamos que nos salvaran por fuerza, y ésta es creencia mía muy antigua.» Tenía razón: aquel patriarca venerable y completamente inútil se había recostado en un ideal político, que tenía entre otras ventajas la de no costar un solo peso ni exigir un solo movimiento audaz. Que todo ó casi todo lo hiciera Napoleón, como todo ó casi todo

lo había hecho Miranda para la causa en que él ejercía un cómodo apostolado de sobremesa.

☪ Miranda, en efecto, debía hacerlo todo para el grupo intervencionista sedentario, como para el trashumante, que, á la par de aquél, admiraba su enérgica obstinación y su desprecio á las penalidades de la proscripción. Aquel hombre, de una sola pieza para el sufrimiento, era ondulante como un pez para la acción. ¿En quién sino en él pondrían su confianza los partidarios del altar y el trono? Márquez y Zuloaga le habían enviado de sus madrigueras el nombramiento de ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno más internado que haya habido jamás. Miranda, sonriendo, hizo á un lado aquel papel y escribió en respuesta algo semejante á esto: «Creo en los principios que son eternos, pero no en ese Gobierno que carece de legalidad y fuerza. Sin legalidad, podría vivir; sin fuerza, no. Busquemos una fuerza y una legalidad nuevas en el apoyo de las armas imperiales.» De acuerdo con Saligny, que aguardaba la desautorización de Jurien de la Gravière, buscaba al hombre que pusiese una espada de prestigio en la vanguardia imperial, para abrirles un paso á los franceses. No ignoraban él y Saligny todo lo que significaba la exaltación de Doblado á la cartera de Relaciones de Juárez. Había que tender las redes por allí, en el campo del popular ministro juarista, y esto era tanto más necesario cuanto que ya Gutiérrez de Estrada, en ausencia de Miranda, había cometido la falta de recomendar que la jefatura militar se diese á Santa Anna. Miranda no toleraría el entronizamiento del corrompido ex-dictador. Miramón era detestado por Gutiérrez de Estrada y por Hidalgo, quienes lo habían presentado como nulo y desleal, apoyándose en datos del mismo Miranda. Excluidos así todos los jefes de primera categoría de la reacción militante, é inutilizados los de la reacción fugitiva, Miranda y Saligny se dirigieron al jefe moderado Robles Pezuela, que sería el moderantismo de Doblado marchando hacia la derecha, como Doblado era el moderantismo de Robles marchando por el camino de la izquierda. Labastida, angustiado, pedía que el moderantismo no se aprovechase de la situación. ¿No había leído el buen prelado en «La Patrie» un COMMUNIQUÉ imperial en que se hablaba de la seria consideración dispensada por Maximiliano á las proposiciones de los mensajeros monarquistas de Méjico y de que el príncipe exigía como primera condición que la nación le pidiese el establecimiento de una monarquía liberal?

☪ Almonte se presentó á los comisarios de Inglaterra y España, manifestándoles que contaba con el apoyo de las tres potencias para derrocar á Juárez y poner en el trono á Maximiliano. Sus Excelencias lamentaban que Almonte comprometiese á Francia en una política que estaba en contradicción con la que siempre había seguido el emperador. Por lo demás, era curioso que un extraño les enterase de lo que las potencias estaban dispuestas á hacer ó á tolerar. Sin tomarse el trabajo de discutir con el enviado de Napoleón, se limitaban á prestarle la protección de las armas aliadas, dentro de los muros de Veracruz. Era un proscrito y se creían obligados á defenderlo. Mas comenzó el avance. Wyke y Prim salieron de Veracruz, y Almonte, con su estado mayor de conspiradores, salió á su vez del puerto, escoltado por un batallón francés, sin que Dunlop, que allí